

ECONOMICS Y ECONOMIA POLITICA

**Polémica de Leopoldo Solís con Fernando Carmona *
sobre el desarrollo de México ***

Crítica de Leopoldo Solís***

- 1) En principio debo expresar mi coincidencia con muchas de las preocupaciones anotadas por Carmona. Coincido con él, en que el desarrollo capitalista mexicano, aunque acelerado en los últimos cincuenta años, ha generado profundas contradicciones que se manifiestan más dramáticamente en la injusta distribución del ingreso en nuestro país y la vergonzante pobreza bajo la cual viven millones de mexicanos. Es también parte de mis preocupaciones como analista de la economía mexicana, el alto grado de concentración y monopolio de que adolecen diversas ramas económicas del país, de lo cual un caso muy obvio está dado por el sistema financiero privado. No se necesita mucha capacidad de análisis económico para entender que los monopolios privados son, las más de las veces, fuentes de ineficiencia e injusticia del sistema económico. Otro de los puntos en que mis observaciones sobre la economía mexicana convergerían hacia las expresadas por Carmona, se refiere al proteccionismo que el Estado ha proporcionado al sector privado para que se desarrolle. Creo que ha sido

* Investigador titular de tiempo completo del IEC.

** Discusión efectuada en la mesa redonda sobre "El Desarrollo Económico de México, 1929-79", el 5 de marzo de 1979, del ciclo "La Universidad Nacional y los Problemas Nacionales", con motivo del cincuentenario de la autonomía de la UNAM.

*** Texto tomado de *La Universidad Nacional y los problemas nacionales*. Tomo I. *La economía*. UNAM, México, 1980, pp. 89-92. La ponencia de Carmona comprende las pp. 15-69.

excesivo y ha implicado un alto costo en términos de los usos alternativos a que hubieran podido destinarse los recursos así gastados.

- 2) A pesar de las anotadas coincidencias, el documento también merece un buen número de comentarios críticos. Las restricciones de tiempo harán que solamente exprese algunos de ellos.
- 3) Un primer comentario puede referirse a lo que podríamos llamar la «calidad metodológica» del documento. Sin poner en duda el atractivo de algunas de las tesis que pretende expresar Carmona, sí me atrevo a decir que su método de análisis deja mucho que desear.

Una idea central del trabajo de Carmona es, al parecer, que nuestra economía es hoy más dependiente que lo que era hace cincuenta años y que, por lo tanto, las posibilidades de un «sano» desarrollo capitalista son hoy más limitadas que hace medio siglo. Esta hipótesis, aunque interesante, debería ser sujeta a un serio análisis de las premisas en que descansa y en lo posible comprobarse empíricamente. Carmona intenta ambas cosas, pero a mi juicio sin éxito. Para empezar, su trabajo carece de una definición clara de lo que para él significa la «dependencia». Éste no es un concepto que pueda utilizarse de manera ambigua. Las distintas versiones que existen de la «teoría de la dependencia» son la mejor prueba de esta afirmación. A mi manera de ver, Carmona estaba obligado a precisar con cierto cuidado el marco teórico en que opera su crítica del desarrollo reciente de la economía mexicana. Carmona debió examinar claramente, por ejemplo, el porqué existe una diferencia fundamental entre interdependencia y dependencia económica. Carmona parece suponer que el comercio y movimientos financieros entre países desarrollados es interdependencia, en tanto que el mismo tipo de intercambio entre un país desarrollado y uno subdesarrollado es parte del fenómeno de dependencia. Esto parece ser tomado por Carmona como un hecho indiscutible y a mí me parece que esto equivale a suponer precisamente lo que el conferencista ha propuesto probar. Este tipo de vaguedades y errores metodológicos se explican por la falta de un esquema teórico explícito.

- 4) La falta anterior lleva, sin duda, al uso tan desordenado que Carmona hace de un gran volumen de indicadores de la economía mexicana. Carmona nos atiborra de datos en los cuales, en una primera y segunda lecturas, yo no puedo encontrar una correspon-

dencia clara con las tesis que pretende apoyar. Podría citar muchos ejemplos en que el uso que Carmona da a los datos no conduce necesariamente a las conclusiones que él deriva. Un caso extremo está dado por su análisis del endeudamiento externo. Es un mal hábito de un gran número de economistas, y el conferencista no es la excepción, el concluir que el endeudamiento externo es malo o fomenta la dependencia de la economía, sólo porque cuesta al país un cierto porcentaje de las divisas generadas con las exportaciones. De acuerdo a los principios económicos fundamentales, algo es malo o inconveniente sólo cuando el beneficio de ese algo es menor que su costo. De la misma manera, me parece que los críticos del endeudamiento externo no podrán evaluar las bondades o perjuicios del ahorro externo a menos que hagan un mínimo esfuerzo por cuantificar sus beneficios y los comparen con sus costos. Podrían quizás así llegar al mismo resultado que hoy postulan, pero lo estarían validando científicamente. Este tipo de ejercicios en análisis económico no son inútiles. Los críticos de los «críticos del endeudamiento externo» podrían argumentar que el endeudamiento no sólo *no* es síntoma de subdesarrollo y dependencia, sino que por el contrario, sólo países con una base económica sólida pueden acudir al financiamiento externo como lo ha hecho México en los últimos treinta años. Comparaciones con las deudas relativas de países como Canadá y varios del COMECON serían usadas en apoyo de tal tesis. Mi respuesta a las críticas de los críticos sería la misma que doy a estos últimos.

- 5) Al mismo tiempo que Carmona nos llena de datos, hay en otras partes de su documento una carencia total de soporte estadístico para afirmaciones de incalculables implicaciones en su diagnóstico. Así, por ejemplo, en alguna parte (pp. 40-41) [p. 52] afirma que *decenas de millones* de mexicanos no han mejorado e incluso han empeorado sus niveles de vida durante el periodo de estudio. Esto, creo yo, no puede decirse sin probarse. En principio creo que Carmona tiene una confusión básica. No es lo mismo afirmar que la posición *relativa* de millones de mexicanos se ha deteriorado en la distribución de la riqueza nacional, que decir que la posición *absoluta* ha empeorado. Creo que esta última afirmación es falsa, aun cuando creo en la certeza de la primera.
- 6) La ligereza del análisis de Carmona es también preocupante en otras partes del documento. Los viejos maestros estructuralistas, notablemente Juan Noyola, estarían indignados o al menos sorprendidos por el análisis que Carmona hace del fenómeno de la

inflación. Cuando nos dice que la inflación es un “proceso indisolublemente vinculado a la monopolización de la economía nacional e internacional y a la propia acción del Estado, que no sólo se endeuda cada vez más a lo largo de la etapa de CME como se dijo, sino que en su apoyo al capital monopolista emite grandes cantidades de dinero «fresco» y facilita la generación de dinero fiduciario por la banca privada” (p. 44) [p. 57], suena más como Milton Friedman que como un economista formado en la escuela latinoamericana. De ese tipo de análisis sólo falta decir que la cura para la inflación está en la «liberalización» de la economía para destruir los monopolios y en la reducción del gasto público para moderar el crecimiento en el circulante. Creo que a todos los aquí reunidos nos hubiera gustado oír un enfoque más estructuralista y menos neoclásico-monetarista.

- 7) En conclusión, aunque coincido con algunas de las preocupaciones básicas de Carmona, creo que su esfuerzo científico para proponer, explorar y comprobar su tesis es bastante insatisfactorio. Ésta es una crítica que en esta ocasión me gustaría extender no sólo a Carmona, sino a una buena parte de los economistas de orientación marxista o heterodoxa de Latinoamérica. En su afán de negar a la economía ortodoxa, han caído en un enfoque literario que niega totalmente las enormes posibilidades que los avances de ciencias como las matemáticas ofrecen para las ciencias sociales. Las hipótesis que proponen los economistas de izquierda serían más entendibles si fueran propuestas y comprobadas con más rigor del que ahora usan. Esos economistas parecen ignorar que los grandes pensadores sociales, en especial Marx, al momento de generar su obra se encontraban en la vanguardia del pensamiento científico de su época y alimentaban su obra con los avances de otras ciencias.
- 8) Un comentario final sobre el trabajo de Carmona se refiere a lo que posiblemente sea su conclusión más importante: “La dependencia, la monopolización, la vulnerabilidad de la economía, la inflación, el desempleo, la explotación de los trabajadores... permanecen e inevitablemente se ahondan.” Creo que ésta es una conclusión bastante pesimista y casi por lo mismo de resignación. A riesgo de ser tachado de reformista, no pienso que debamos esperar la revolución socialista para resolver los problemas mencionados. Aun el Estado burgués y capitalista, que Carmona afirma tenemos, debe abocarse a la extinción de esos fantasmas apocalípticos. Yo dudo mucho que éstos tengan que ser inherentes,

en el grado que se observan en nuestro medio, a un desarrollo capitalista como el que ha pretendido seguir el Estado mexicano. El proceso de acumulación de capital puede ser tan o más rápido que lo que ha sido en los últimos cincuenta años con un costo humano considerablemente menor, si importantes decisiones políticas y económicas son tomadas por nuestros dirigentes, y apoyadas por la sociedad.

Respuesta de Fernando Carmona*

Al entregar hace unos días, después de no pocos apuros, un trabajo de unas setenta cuartillas que constituye la ponencia para la mesa redonda de hoy, escribí al organizador de estos ciclos, doctor Jorge Carpizo, esta nota: “si hay una próxima oportunidad me gustaría ser invitado como comentarista”; y desde luego, lo afirmo ahora, como comentarista de Leopoldo Solís. Ésta es la primera vez en muchos años de conocernos y de no tratarnos en que Solís y el que habla coincidimos en una mesa que más bien parece cuadrada que redonda. Trataré de probar que más cuadrado que yo parece ser nuestro miembro del Colegio Nacional, autor de libros en los que por cierto, a propósito de las cifras que en mi caso le parecen «atiborrantes», él presenta muchos más cuadros y números por página o por cuadratín que todos los que yo pude reunir en mi ponencia, cierto que más «congruentes» que los míos... porque casi todos son del Banco de México. Veamos, en fin, más de cerca las observaciones de los comentaristas.

El licenciado Beristáin ha hecho un comentario interesante,** me parece a mí, que pone el acento en algo que desde luego expresamente en la ponencia declaro que yo no estaba en condiciones de tocar no obstante sus setenta cuartillas: en la política económica y en forma más concreta en aspectos de la política monetaria y financiera mexicana que me parecen en general atendibles. El licenciado Beristáin hace una reseña meticulosa apoyado en un método que cualquiera que sean sus deficiencias, su servidor también ha seguido en otras oportunidades: recoge cronológicamente las declaraciones de los res-

* Versión revisada de la grabación efectuada por Radio UNAM, la cual no fue publicada en el volumen correspondiente ya citado de *La Universidad Nacional y los problemas nacionales*.

** *Ob. cit.*, pp. 73-76.

ponsables de dicha política a lo largo del último medio siglo, y creo que llama la atención a aspectos importantes del proceso económico de nuestro país que en un estudio más específico tendrán sin duda que considerarse.

El licenciado Schafer de su parte hace un alegato* con el que me es difícil discrepar. Pertenece también a aspectos que, en una ponencia introductoria dedicada al examen propiamente estructural del desarrollo económico de México, dejé expresamente de lado para enfocar la atención sólo en tratar de sustanciar sintética y a la vez genéricamente —aunque de seguro no satisfaré nunca al compañero Solís— la evolución de las relaciones sociales fundamentales de producción, entre las clases sociales de nuestro país como el propio comentarista lo subraya. Schaffer pone la atención y su inquietud es explicable —y qué bueno que lo intenta— más bien en relaciones propiamente superestructurales políticas e ideológicas complementarias, sobre las cuales ahora no tenemos oportunidad de abundar.

Siento, pues, que lo obligado y, hasta —permítanme decirlo así— «sabroso», tendrá que ser la réplica al amigo Leopoldo Solís, más centrado en la ponencia. No trataré de hacerla exhaustiva ni mucho menos, porque necesitaría un tiempo del que desgraciadamente no disponemos.

Polo, así le decíamos en aquellos lejanos años en que fuimos compañeros de trabajo, un Marco Polo viajero por lo demás que conoce el mundo, puede examinar ciertos aspectos de la economía mexicana e internacional con ventaja, con más información como él mismo dijo, no sólo respecto a los comentaristas que le precedieron sino también, por supuesto, respecto a este servidor. Una de las batallas de todo investigador, como cualquiera que trabaje en la Universidad bien lo sabe, es precisamente la falta de información, y a menudo no únicamente por la falta de oportunidad con que ésta se publica y el carácter y limitaciones de las mediciones que realizan los equipos oficiales y privados, sino aun por el secreto con que se rodea a una serie de estimaciones propiamente elementales y a la vez fundamentales.

En fin, afirma Polo Solís que metodológicamente la calidad de mi ponencia es mala. Probablemente tenga razón. Yo empezaría con una autocrítica. Definitivamente aprehender un proceso complejo de 50 años, que forma parte de un proceso histórico mucho más complejo todavía de carácter universal en el cual debe insertarse, no es un problema fácil, tanto para escribirlo en unas decenas de cuartillas como para resumirlo oralmente en unos pocos minutos (el tope asignado era

de 40 minutos y creo haberlo respetado). No obstante que en mi resumen oral de la ponencia con que iniciamos nuestra sesión mencioné expresamente que para intentar el análisis me apoyé en categorías científicas pertinentes (capitalismo monopolista, imperialismo, capitalismo del subdesarrollo, capitalismo monopolista de Estado, dependencia estructural, explotación de la fuerza de trabajo, plusvalía, etcétera), es obvio que mi trabajo tiene no pocos defectos: es esquemático y pasa de largo cuestiones importantes.

Pero sobre todo tendría que decir que el método que está implícito, cualesquiera que sean sus defectos, y aun el método explícito en partes significativas de la ponencia, es un método totalmente diferente al que seguirían Leopoldo Solís y otros investigadores. Está en juego la diferencia que hay entre la economía política y la *economics* o la «económica»; la diferencia entre considerar la economía como una ciencia *histórica*, social, que estudia fenómenos contradictorios y cambiantes entre clases sociales y aquella que pone su atención, como lo ha hecho Solís en algunos de sus trabajos, en rasgos tales como el «desarrollo estabilizador», el «desarrollo hacia afuera», o en las «elasticidades» del ingreso o los precios, etcétera, y no propiamente en las categorías que históricamente determinan el funcionamiento del todo social. Para él no existe el capitalismo monopolista de Estado, por ejemplo; para mí sí, como también existe para la economía política. Para él no existe probablemente siquiera el capitalismo de Estado o en todo caso no se refleja en sus trabajos —más allá de la común aceptación, entre muchos economistas, de una «economía mixta»— cuál es su concepción al respecto.

La teoría de la dependencia es una cuestión discutible, nos dice. Hay varias, muchas teorías de la dependencia. Lo que probablemente no advierte nuestro crítico es que una modalidad en muchas, en la mayoría de tales teorías, es considerar a la dependencia como un fenómeno *externo* y que algo muy distinto es considerarla como un fenómeno estructural, congénito, orgánico, *interno*, propio del desenvolvimiento socioeconómico; inevadible en una condición histórica determinada y con consecuencias también determinadas, que es exactamente lo que ocurre en México como ocurre en Brasil o en Argentina, Venezuela, Colombia o en el resto de la América Latina capitalista, como acontece por lo demás en la mayoría de los países del llamado «Tercer Mundo». La dependencia pues, en la concepción teórica que anima esta ponencia, no puede contemplarse como un fenómeno externo sino propiamente congénito del desarrollo mexicano, a *partir* del propio proceso de acumulación de capital, a *partir* del papel que el capital monopolista exterior imbricado con el inte-

* *Ob. cit.*, pp. 79-85.

rior desempeña desde hace décadas en el desenvolvimiento de México, *por lo tanto* en la formación de la estructura de clases y en el carácter y composición del Estado mismo que realiza la política económica de este país y en la orientación de ésta.

Decir que confundo la dependencia con la «interdependencia» fruto de la creciente internacionalización de las economías modernas, me da oportunidad de recordarle —me apena—, lo que este servidor escribió por ejemplo hace quince años,* diferenciando justamente las categorías relativas «dependencia», «independencia» e «interdependencia» y mostrándolas como fenómenos dialécticos que se dan *conjuntamente*, y además sin olvidar —yo no olvido por lo menos en ninguna parte— que la dependencia no es un fenómeno sólo y estrictamente de los países subdesarrollados. Si algo es claro en el planeta Tierra hoy día es que muchos países capitalistas *desarrollados* asimismo son dependientes, como el ejemplo de Canadá que Solís menciona, como el ejemplo de Italia en muchos aspectos, como el ejemplo de la propia, la mismísima Inglaterra, ese león británico rabón que hoy tiene que descansar más en su subordinación estructural, y cada vez mayor, a los EUA y otras potencias. Es claro que parto de un esquema teórico que es completamente distinto, y hasta antagónico en más de un aspecto importante, del que insinúa Solís.

También me acusa de que confundo el endeudamiento externo con la dependencia y que no tomo en cuenta su costo en relación con sus resultados, es decir, que no hago mediciones de «costo-beneficio» a las que son tan dados quienes trabajan desde esos encuadres de la *económica* propiamente, cálculos que son desde luego pertinentes y a los que no voy a negar su importancia. No, no los hago y estoy convencido que son datos *secundarios* frente a la realidad de que del ingreso que concentran los dueños del capital en este país, sólo destinan a la inversión un 30 o 32 por ciento según las propias cifras oficiales: un 70 o un 68 por ciento lo consumen suntuariamente, en gran parte lo convierten en fugas de capitales, lo convierten en atesoramiento, lo convierten en especulación, lo convierten incluso en inversiones...extranjeras, básicamente en los Estados Unidos (¡así serán buenos!) Todo esto ya es un indicio de cómo funciona el fenómeno de la dependencia: el endeudamiento externo estatal y privado avanza mientras se desaprovechan recursos internos mucho mayores que los invertidos, incluyendo en éstos los exteriores.

* En el libro *El drama de América Latina. El caso de México*. Cuadernos Americanos. México 1964.

De otro lado, y esto es muy importante, están las cifras que *el Estado transfiere a la empresa privada*. Hay un dato del Banco Mundial que recoge en un reciente libro Carlos Tello,** quien algo debe saber sobre estas cosas como subsecretario de Hacienda y secretario de Programación y Presupuesto que fue, en el sentido de que los subsidios y transferencias del Estado mexicano hace en conjunto a la llamada iniciativa privada son de alrededor del 6% del producto interno bruto (o sea más de 100 000 millones de pesos), cifra algo inferior, dice, al monto de un déficit gubernamental como el de 1977, año en que la disposición bruta de créditos externos del Estado fue de unos 140 000 millones de pesos o cerca de un 9 por ciento del PIB.

Me compara Solís con el doctor Milton Friedman. Bueno..., podemos estar seguros que yo no alcanzaré nunca un premio Nobel. Más allá no puede llevar la comparación. Pero Friedman por lo menos es un teórico del capitalismo monopolista y no un marshalliano. Y creo que Noyola no se ofendería conmigo si recuerdo que él tenía razón al señalar que la inflación no es un problema monetario, pero que en sus escritos y en sus análisis de los años cincuenta hay aspectos que no son propiamente estructurales, entre otras cosas porque todavía no consideran debidamente el fenómeno *del monopolio*. Sin embargo, Juan Noyola incluía asimismo los factores monetarios «de propagación» y si ahora resulta que la ampliación del circulante y demás ya no tiene consecuencias inflacionarias, aunque no sea un factor originario y principal puesto que fundamentalmente dicha ampliación monetaria responde al aumento de precios impulsado por la competencia monopolista y no al contrario, francamente me sentiría yo muy sorprendido. Y no porque crea en la biblia de ningún Fondo Monetario Internacional, sino porque los hechos están a la vista: la creación del dinero fiduciario juega su importante papel en la inflación.

Pero *detrás* del proceso inflacionario de las últimas décadas está el fenómeno más fundamental del monopolio, entre otras cosas del monopolio bancario que el propio Solís reconoce que existe; pero sobre todo el monopolio como *capital monopolista de Estado* que por la vía del aumento de precios puede incrementar ganancias, resarcirse de aumentos salariales o de impuestos y que tiene capacidad para empujar el tipo de política económica que está en marcha en nuestros países. En México desde luego el Estado prefiere el déficit, el endeudamiento y la emisión de dinero a un régimen de tarifas y

** *La política económica en México (1970-1976)*. México, 1978.

precios *adecuados* para los servicios y bienes que produce y a una imposición progresiva que impida, o al menos reduzca, la dilapidación de una gran parte del ingreso nacional que la burguesía y la oligarquía monopolista de nuestro país despilfarran en la forma ya dicha.

En fin, el pesimismo de que me acusa Solís probablemente sea cierto. Es claro que desde su mirador mi posición puede ser no de objetividad sino de pesimismo; pero *de ningún modo es de resignación*. Lo que ocurre es que la dependencia se ha profundizado porque en este país no sólo están en juego aspectos cuantitativos como los recogidos en mi ponencia, importantes pero al fin y al cabo secundarios, que muestran un volumen creciente de deuda externa y de inversión extranjera directa *per capita*. También existen hechos como la subordinación tecnológica, el uso de canales comerciales trazados por el conjunto del capitalismo monopolista mundial, por el sistema del imperialismo, y concepciones políticas, ideológicas e incluso científicas y teóricas conformadas por la dependencia que en muchos aspectos son hoy más profundos y determinantes que en el pasado, porque la propia clase de los capitalistas mexicanos al desarrollarse dentro de este marco general es hoy más dependiente, en conjunto, que lo que fue hace cincuenta años; porque no pudo impulsar la industrialización sustitutiva de importaciones de bienes de consumo e intermedios ni *puede ahora ir adelante*, por ejemplo, en la producción de bienes de capital, sin asociarse con los monopolios internacionales, sin descansar subordinadamente en la tecnología de los monopolios internacionales y porque el Estado mismo no puede llevar a cabo su parte en el proceso de acumulación, y ni siquiera contempla una alternativa distinta a la determinada por esos *marcos ya subordinados* —lo que exigiría alterar a fondo esta situación—, para desarrollar la actividad con que ha de acrecentar los recursos que pueden convertirse en inversión.

Estoy convencido como universitario y puedo suscribir y suscribo totalmente los epígrafes con los que inicio la ponencia, tomados todos del maestro emérito don Jesús Silva Herzog, quien en 1937, en pleno ascenso revolucionario del cardenismo, señalaba cómo los logros del pueblo o para el pueblo mexicano eran demasiado modestos; quien señalaba siete lustros después, en 1972, que debe sentirse una profunda inconformidad frente al proceso de concentración de la riqueza que ha sido especialmente activo en México a partir del sexenio 1946-1952; quien no ha dejado de reiterar su advertencia sobre lo que significa la inversión extranjera directa y el endeudamiento crecientes ni de señalar cómo este país, independientemente

de los millones —mídase como se midan—, que tienen distintas y mejores condiciones sociales, sigue siendo «de un contraste brutal» entre los que comen tres veces al día o más y los que mal comen.

Si nos hicieran falta algunas estadísticas para precisar cuántas decenas de millones sufren esta situación negativa e injusta, me remití al Instituto de Nutrición que considera que *una buena mitad* de los mexicanos están desnutridos; y una buena mitad quiere decir más de 30 millones de mexicanos, hombres, mujeres y niños. O me atengo a los datos de lo que significa por ejemplo el analfabetismo funcional que en este país comprende ya *veintitantos millones* de personas mayores de 14 años que sólo han podido ir a la escuela primaria del primero al tercero y que por olvido pueden convertirse nuevamente en analfabetas absolutos, según los conceptos que maneja la UNESCO. Pienso en las condiciones de vivienda, en los millones de tugurios, de jacales, de barracas en que vive hacinada y sin elementales servicios y condiciones higiénicas la inmensa *mayoría* de los mexicanos, como también lo subraya don Jesús Silva Herzog. También pienso en las condiciones de ingreso real, en la posibilidad de acceso a la medicina moderna, etcétera, de esta mayoría.

Por otro lado, yo nunca hablé, como afirma Solís, de mayores o menores posibilidades de un desarrollo «sano» de México. ¿Cómo puede ser «sano» el desarrollo en el capitalismo? Será «sano», pues, sólo para quienes puedan en la minoría tener acceso, como sin duda lo tenemos muchos de nosotros, de quienes nos reunimos en esta sala, a condiciones materiales satisfactorias, hasta en exceso. Lo que traté de señalar es el tipo de desarrollo habido y las fuerzas que lo conforman; y que «decenas de millones no han mejorado *sensiblemente* sus condiciones de vida de 1929», expresión en que incluyo (y si está mal dicho en mi pobre español habría que corregirlo rápidamente), a quienes incluso pueden haber empeorado. Las mediciones más convencionales e imperfectas de la distribución del ingreso nacional apuntan hacia este hecho, desde las viejas que hizo la oficina de muestreo de la Dirección de Estadística de las viejas secretarías de Economía y de Industria y Comercio, hasta las realizadas por el propio Banco de México, me parece a mí, como también las viejas mediciones o intentos de cálculo de Ifigenia Martínez.

En fin, esto es lo que puedo decir en unos pocos minutos adicionales. Muchas gracias a los comentaristas y a todos ustedes por su atención.